
UN DESAFÍO: LA INTEGRACIÓN DISCIPLINARIA EN LA COMUNICACIÓN Y LA IDEA DE TOTALIDAD HETEROGÉNEA EN EL ABORDAJE DEL CONOCIMIENTO

Sandra Ruiz Llorente*

Introducción

Hablar de comunicación es verdaderamente un asunto complejo. Generalmente, la disciplina suele ser muy cuestionada, bien por sus evidentes implicaciones políticas, económicas, ideológicas y éticas, o bien porque otras disciplinas la suelen considerar una especie de subdisciplina que “copia” los conceptos teóricos de las “grandes”. Sin embargo, he observado que habitualmente, cuando acudo a cualquier reunión, foro o encuentro académico, en los discursos y las discusiones suelen escucharse frases como: ¿y cómo comunicamos esto al exterior? o ¿cómo hacemos para que la red tenga una buena comunicación interna? Generalmente, en este tipo de encuentros, muchos de ellos interdisciplinarios, no se invita a investigadores interesados en el asunto de la comunicación, mucho menos a investigadores profesionalizados en este ámbito. A su vez, los investigadores y las investigadoras en comunicación no siempre son especialistas en la misma; comúnmente podemos encontrar antropólogos, sociólogas o psicólogas —por poner un ejemplo— interesados en este campo que incorporen en sus investigaciones temas que tienen que ver con el mismo. En la mesa magistral “El estudio de la Comunicación y las Ciencias Sociales”, celebrada el pasado marzo de 2014, en el marco del IV Congreso Mexicano de Ciencias Sociales (COMECESO) en Chiapas, Jaime Preciado Coronado, uno de los comentaristas de las ponencias de Fátima Fernández Christlieb y Raúl Fuentes Navarro, investigadores mexicanos de comunicación, aseguraba que desde su disciplina, la ciencia política, había tenido que abordar, de una u otra forma, el tema de la comunicación política (COMECESO, 2014).

* Estudiante de maestría en Ciencias Sociales y Humanísticas del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

Es común escuchar a estudiantes de comunicación, o a alguien interesado en la misma, expresar la célebre frase: “todo es comunicación”, sin comprender que la abstracción que implica ésta cobra total sentido para él o ella, pero muy probablemente no tanto para quien la recibe. Posiblemente muchas investigadoras e investigadores en comunicación vislumbrarían fácilmente que cualquier investigación social debería incorporar la dimensión comunicativa para conocer más a fondo la realidad; incluso más de uno identificaría dicha dimensión en no pocas investigaciones sociales, aunque ésta no haya sido evidenciada como tal. Para aterrizar el significado de esta célebre frase, “todo es comunicación”, y cuál es la justificación del estudio del campo comunicativo, e introducirnos en el estado actual del estudio de esta materia, nos apoyaremos en las palabras de Dan Schiller:

Hoy la extensión y el significado de la comunicación se han vuelto virtualmente incontenibles. Estudiar comunicación, como se evidencia cada vez más ampliamente, no es sólo ocuparse de los aportes de un conjunto restringido de medios, sea a la socialización de los niños o los jóvenes, sea a las decisiones de compra o de votación. Ni es sólo involucrarse con las legitimaciones ideológicas del Estado moderno. Estudiar comunicación consiste, más bien, en elaborar argumentos sobre las formas y determinaciones del desarrollo sociocultural como tal. El potencial del estudio de la comunicación, en suma, converge directamente, y en muchos puntos, con los análisis y la crítica de la sociedad existente en todas sus modalidades (Schiller, 1996, citado por Fuentes, 1999: 115).

Por otro lado, se hace complicado adentrarse en el complejo mundo de la comunicación sin comprender muchos conceptos de otras disciplinas, como la antropología, la sociología, la historia, la política, las humanidades o la psicología. En fin, generalmente un investigador en comunicación se ha de convertir en una especie de “todólogo” que debe conocer diferentes teorías sociales de distintas ramas para poder explicar la realidad y las complejas interrelaciones comunicativas que operan en ella. Fernández Christlieb (2014) refiere la herencia disciplinaria que durante décadas han dejado para la comunicación los estudios de lingüística y las teorías del discurso, además de la sociología, la psicología y la filosofía. La misma autora señala a Richard Sennett, Randall Collins y Norbert Eliás como algunos de los exponentes que, desde otras disciplinas, no estudian la comunicación humana en abstracto o buscan una teoría de la comunicación, sino que “ésta brota al desentrañar problemas concretos, fenómenos sociales tangibles”

(Fernández, 2014: 253). A mi parecer, el campo de la comunicación requiere, ineludiblemente, una interrelación disciplinar que unas y otros han relacionado con la interdisciplinariedad, mientras que otras y unos la piensan más allá de esto, en un marco de la totalidad y la complejidad social.

La intencionalidad del presente artículo es tratar de pensar cómo abordar la integración de disciplinas en el estudio de la comunicación y de las ciencias sociales a través de los diferentes conceptos que se han ido manejando en el campo académico para tal fin. A su vez, propongo un primer esbozo de un desafío integrador en la reflexión del trabajo de tesis que me encuentro realizando actualmente. Este ejercicio tiene un origen formativo y comprensivo necesario en el complejo proceso de la elaboración de tesis. La redacción de este texto tuvo lugar gracias a la presentación del ensayo final de la asignatura “Estado actual de las Ciencias Sociales”, impartida en el primer semestre del programa de maestría en Ciencias Sociales y Humanísticas del CESMECA por el doctor Jesús Solís Cruz, a quien agradezco que me animara a presentar este artículo para su publicación.

Integrando disciplinas. Lo inter, trans, multi y post

En este punto, es necesario abordar el significado de la interdisciplinariedad, un concepto que no siempre cuenta con adeptos, y en cuyo significado tampoco encontramos homogeneidad.

Sztompka (2005) considera que la interdisciplinariedad surge en los años setenta como respuesta a la crítica de la excesiva especialización que limita la visión teórica. “Los especialistas dentro de las disciplinas han descubierto que sus preguntas de investigación, los problemas que estudian, los datos que encuentran, los empujan hacia otras disciplinas y les exigen cruzar las fronteras” (Sztompka, 2005: 33). Por tanto, en esta primera acepción encontramos la necesaria relación que tiene la interdisciplinariedad con las especializaciones de las disciplinas y las fronteras clásicas de éstas. El acercamiento que la misma disciplina de la comunicación necesita hacer hacia otras disciplinas y viceversa, es decir, el traspase de fronteras establecidas, se comprende, desde esta perspectiva, como “intercambios interdisciplinarios”, donde los conceptos, métodos y modelos teóricos fluyen de una disciplina a otra. Es una forma de intercambio de ideas innovadoras que se aleja de la anterior rigidez disciplinaria (Sztompka, 2005: 33).

Wallerstein (1996) considera que la aparición de nuevos nombres “interdisciplinarios”, como es el caso de los estudios de la comunicación, tras la década de 1950 fue consecuencia de la necesidad de dotar de coherencia a las

disciplinas que se habían ido superponiendo en el proceso de crecimiento debido a la especialización del conocimiento, así como a la legitimidad que las mismas necesitaban defender como derecho a una existencia separada. Sin embargo, como apunta el mencionado autor, no todos se conformaban con la interdisciplinariedad, pues algunos la consideraban legitimadora de las disciplinas ya existentes, y solicitaban un cambio más radical para superar la confusión intelectual en la que se encontraban.

Por su parte, Dogan y Pahre (1993) suponen la interdisciplinariedad como una quimera desprovista de sentido verdadero. Consideran que “la fragmentación de cada disciplina imposibilita una amalgama de ese tipo [la interdisciplinariedad], porque deja vacíos entre las especialidades, los cuales se añaden a los vacíos ya existentes como resultado de la división de las ciencias sociales en disciplinas formales” (Dogan y Pahre, 1993: 157). Por esto, señalan la hibridación como la solución que puede llenar esos vacíos, aunque reconocen los límites de los proyectos de investigación, los cuales, para los autores, no pueden ocuparse de más de uno o dos vacíos simultáneamente.

Otro punto de vista lo ofrece Fernández Christlieb (2014), quien aborda la interdisciplina en tres dimensiones: teórica, metodológica y empírica, y refiere que el trabajo bien elaborado será el modo de llegar a un territorio posdisciplinario. La investigadora precisa una serie de puntualizaciones acerca del término: en primer lugar, la interdisciplinariedad genera necesariamente un proceso comunicativo, que no se da entre las disciplinas en sí, sino entre los seres humanos que se relacionan en el mismo. Por tanto, la interdisciplinariedad supone un proceso de subjetivación comunicativa. En segundo lugar, señala el problema del egocentrismo académico, donde una exagerada demostración de saber de la disciplina de cada investigador puede llevar al rompimiento del diálogo interdisciplinario. Por último, mantiene la necesidad de “diferenciar los obstáculos que naturalmente brotan en el trabajo interdisciplinario de aquellos deliberadamente contruidos por las burocracias universitarias, las cuales con frecuencia prefieren mantener las separaciones administrativas que garantizan privilegios” (Fernández, 2014: 254).

Para entender la complejidad de los conceptos multi-, inter- y trans- disciplina, la autora nos ofrece la definición de Iuorno (2010):

Desde la década del sesenta, los términos relacionados de multidisciplinariedad, interdisciplinariedad y transdisciplinariedad se nos presentan nuevamente en la escena de las relaciones entre las ciencias en general y entre las humanas y sociales en particular.

En un sentido laxo y desde una posición ya clásica, se define al primero como la mirada de distintas disciplinas sobre un fenómeno determinado, pero sin la existencia de la influencia entre una disciplina y otra. El segundo se refiere al diálogo que se puede establecer entre las disciplinas donde términos, conceptos, teorías y/o prácticas comienzan a migrar entre las disciplinas. El tercero indica la emergencia de nuevos campos de estudio a partir del diálogo de disciplinas y también designa la rebelión de algunos investigadores frente a ciertos paradigmas dominantes (Iuorno, 2010, citado por Fernández, 2014: 253).

Fernández considera que la transdisciplinariedad no se torna interesante para el estudio de la comunicación, pues ésta no supone un ejercicio de comunicación en sí. Cree que la interdisciplinariedad propone un diálogo más acertado para los estudios comunicativos, puesto que la transdisciplina se refiere a una especie de estadio avanzado consecuente de una adecuada interdisciplinariedad.

Una visión diferente sobre la multidisciplinariedad la aporta Sztompka (2005), que la relaciona con el involucramiento que sufrieron más de dos disciplinas en el proceso de intercambio interdisciplinar de los años setenta. Así, la multidisciplinariedad se podía aplicar a problemas de carácter multidimensional, según amplias áreas del mundo o los desafíos prácticos y los métodos para enfrentarlos. Otra aplicación era también la relacionada con los conceptos o métodos explicativos.

Por otro lado, el mismo autor considera que la culminación del proceso de la interdisciplinariedad —la cual ubica en un estadio anterior a la multidisciplinariedad— la encontramos en la hibridación (Sztompka, 2005: 33); concepto que también manejan Dogan y Pahre (1993), quienes la consideran como el proceso por el cual dos disciplinas entablan una comunicación, tras la cual se institucionaliza el nuevo dominio híbrido que se reconoce como independiente. Se trata de la emancipación de la conjunción de los conocimientos especializados de diferentes dominios. Para los autores, “el producto del proceso en cuestión transforma tanto el panorama de las ciencias sociales, que deja de parecerse a la imagen que de él se forma la mayoría de las personas” (Dogan y Pahre, 1993: 139). Consideran que este proceso de hibridación se ha generalizado en todas las ciencias naturales y sociales.

A mi parecer, el concepto de hibridación no supone nada más que la institucionalización de la interdisciplinariedad. Tal vez, para algunos, se torne

interesante el hecho de fragmentar el mismo proceso de la interdisciplinariedad, partiendo de la idea de la institución como finalidad efectiva de la generación de conocimiento, pero, desde mi punto de vista, la ventaja de la interdisciplina, según la visión de Fernández, no se encuentra en la institucionalización, sino en el diálogo horizontal, que puede permitir una apertura a los conceptos y teorías, de modo que permita conocer un poco más a fondo la complejidad de la realidad social. Se trata, como propone Wallerstein (1996), de “abrir las ciencias sociales”, no de enclaustrarlas en una institución que, a su vez, por su necesidad de legitimación, no permitiría el acceso a la misma interdisciplinariedad por la que se formó. Las instituciones aceptan la generación de conocimiento y la consolidación del mismo, pero es evidente que tienen ciertos límites que aún no se han solucionado. La competencia actual entre las diferentes instituciones, tanto de diferentes países como dentro de los mismos, complica arduamente la apertura de la que Wallerstein habla.

La transdisciplinariedad se torna una vía complicada, aunque esperanzadora, para las ciencias sociales. Esta dimensión parte, como explica Sztompka (2005), de abandonar los planteamientos inmovilistas del siglo XIX, donde las fronteras de las disciplinas estaban más que bien delimitadas, así como la sobrespecialización, que segmenta demasiado la realidad social, y dificulta el entender que ésta configura un “tejido sin costuras”, que no coincide con la compartimentación departamental de las áreas y facultades universitarias. Siguiendo esta línea, el autor reconoce una tercera vía, que se ha denominado “el giro dialogado” (Camic y Joas, 2004, citado por Sztompka, 2005). Se trata de “la proclamación antidogmática del pluralismo teórico y de la tolerancia, que trata la diversidad de teorías y orientaciones teóricas no como una molestia, sino como un beneficio, y que postula los intercambios abiertos y mutuos que producen el valor añadido de una comprensión más profunda y un conocimiento más multidimensional” (Sztompka, 2005: 35).

En esta misma línea, Fuentes (2014), a partir del Informe de la UNESCO sobre las ciencias sociales en el mundo (2010), recientemente traducido al español en México (UNESCO-ISSC, 2012), reconoce que el futuro de las ciencias sociales parece que vendrá en la entrada a una era posdisciplinaria. El investigador considera que esto supondrá que la investigación:

[...] se diseñe, ejecute y evalúe en función de “problemas de conocimiento situados” antes que de premisas y protocolos teórico-metodológicos tradicionales, los que necesariamente resultan a su vez transformados en el proceso. Ahora, dependiendo de los autores, este cambio puede ser el

causante de una nueva integración de las ciencias sociales y las naturales, o puede significar que el conocimiento estará cada vez más orientado hacia ‘comunidades epistémicas integradas’ cuyo interés sea la solución de problemas locales y contextuales (UNESCO-ISSC, 2012: 197), con el riesgo, ya presente, de la fragmentación (Fuentes, 2014: 247).

Considera además este autor que los estudios de comunicación aparecen como referencia para la transformación que ya se está dando de los “territorios disciplinarios”, transformación relacionada con la idea de “abrir las ciencias sociales” de Wallerstein. Siguiendo la explicación de Fuentes, se puede leer en el Informe:

Los estudios de la comunicación [...] tienen algunos de los rasgos de un campo transdisciplinario e interdisciplinario; sin embargo, recientemente han adquirido mucha de la parafernalia institucional y profesional de una disciplina académica, incluyendo crecientes ofertas de cursos universitarios, lo cual resulta en un número mayor de académicos contratados, departamentos en universidades, asociaciones profesionales nuevas y conferencias. Actualmente ‘comunicación’ es identificada como una categoría separada en las bases de datos bibliográficas de ciencias sociales como el SSCI Thomson Reuters, y el número de artículos publicados en esta categoría muestra una tendencia a aumentar. Incluso esto puede no reflejar el número aún mayor de libros de texto publicados anualmente en este campo (UNESCO-ISSC, 2012, citado por Fuentes, 2014: 247).

En la mesa magistral “El estudio de la Comunicación y las Ciencias Sociales”, la ponente Fátima Fernández Christlieb aseguró que actualmente existen en el mundo 1006 programas completos de estudios de la comunicación, cifra que le parece exagerada, pero que demuestra la consolidación de éstos, al menos en el nivel cuantitativo. Sin embargo, el ponente Raúl Fuentes, en la misma mesa, hizo un recuento del estado actual de los estudios de comunicación en México. Según los datos que ofreció, aproximadamente el 8% de las maestrías inscritas en el padrón nacional de posgrados cuenta con la formación de investigadores en comunicación, ya sea porque son especializadas o porque está incluida de alguna manera dicha línea de investigación en el plan de estudios. Sin embargo, en México no existen doctorados en comunicación (COMECOSO, 2014). Incluso, me atrevería a decir que la interdisciplinarietà todavía necesita recorrer mucho camino para

estar a la altura que las urgencias sociales en materia de investigación solicitan. Por ejemplo, puedo asegurar, por propia experiencia, que no existe en América Latina —y me atrevería a decir que en otros lugares del mundo tampoco, pues he hecho búsquedas en varios países— una maestría que ofrezca la integración disciplinar de la comunicación y el género —mucho menos el feminismo—. Dos disciplinas en auge, necesarias para la comprensión social del mundo en la actualidad; dos disciplinas que han sufrido un supuesto proceso notable de hibridación, pero que siguen sin establecer un diálogo interdisciplinar. Tal vez este diálogo se podría convertir en un proceso de sobrespecialización que de nuevo fragmente y olvide esa idea del “tejido sin costuras” del entramado social; sin embargo, tampoco es fácil encontrar posgrados dispuestos a integrar ambos campos, por lo que la solución se torna en elegir uno de ellos, con el hándicap de no obtener la necesaria formación en el campo discriminado. En verdad no es un tema sencillo; ciertamente, suponer una organización institucional en torno a la interdisciplinariedad es un asunto complejo que difícilmente puede dar gusto a todos.

Miquel de Moragas (2011), citado por Fuentes (2014), considera que la autonomía de las disciplinas constituidas en la historia ha puesto de manifiesto procesos poco rentables en términos de desarrollo de los conocimientos sobre comunicación. Es posible que la comunicación, al ser un “todo” —recuerdo la frase “todo es comunicación”—, necesite integrarse de alguna manera en todas las otras disciplinas. Sin embargo, considero que también es necesario fomentar el desarrollo de programas de comunicación que integren esas otras disciplinas que, al fin y al cabo, forman el entramado social interconectado. Por tanto, como señala Robert Craig:

La cuestión no es si el de la comunicación seguirá siendo un campo interdisciplinario, pues ciertamente lo seguirá siendo. La pregunta abierta es si la comunicación puede también tener un núcleo teórico que permita a los investigadores de la comunicación abordar tópicos interdisciplinarios desde un punto de vista disciplinario particular, que aporte valor real a la empresa interdisciplinaria (Craig, 2008, citado por Fuentes, 2014: 248).

Wallerstein (1996: 97) ya adelantó que abrir las ciencias sociales significaba la “búsqueda de un universalismo pluralista renovado, ampliado y significativo” que comprenda la riqueza cultural no como “lo otro”, sino como parte de todos y de nosotros. Se trata de acceder a la “imaginación” en la organización de las estructuras académicas, así como a “cierta tolerancia” a la experimentación intelectual en las ciencias sociales.

Edgar Morin (1996) nos da algunas pistas para “reformular el pensamiento” y comprender más a fondo esta idea del “tejido social sin costuras”, de la pluralidad epistémica y teórica o de la integración interdisciplinaria: “El principio de simplicidad impone separar y reducir. El principio de complejidad preconiza reunir, sin dejar de distinguir” (Morin, 1996: 10). Con esta frase, compleja y reveladora en sí misma, comienza situándonos en la realidad social en la que vivimos. El paradigma positivista ha tratado, desde el siglo XIX, de simplificar la realidad, pero hoy por hoy nos damos cuenta de que esto no funciona, que aislar los ámbitos de la realidad social no deja entrever las diferentes interconexiones entre lo macro y lo micro, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo general y lo particular. La abstracción no es suficiente si no se construye en relación con el contexto. La complejidad, la vinculación y la distinción, no la desunión, son necesarias para articular y organizar las informaciones del mundo. “Se trata de vincular lo concreto de las partes a la totalidad” (Morin, 1996: 14), integrando así los principios de orden, separabilidad y lógica de la ciencia clásica en un esquema más “vasto” y más “rico”.

Así, debemos plantearnos el desafío del estudio de la comunicación, desde la preocupación por lo universal y lo particular, por la globalización y la individualidad, por lo local, regional y global, en una idea de totalidad que genere la convergencia disciplinaria necesaria para conocer la complejidad social actual en la que estamos inmersos. Néstor García Canclini (1999), a propósito de la interdisciplinaria en el campo de la comunicación y de las ciencias sociales, ha planteado:

Los objetos de estudio de las ciencias sociales no pueden ser identidades separadas ni culturas relativamente desconectadas ni campos por completo autónomos. Las evidentes relaciones entre ellos no pueden entenderse si las concebimos como simple yuxtaposición. En un tiempo de globalización, el objeto de estudio más revelador, más cuestionador de las pseudocertezas etnocéntricas o disciplinarias, es la interculturalidad. El científico social puede, mediante la investigación empírica de relaciones interculturales y la crítica autorreflexiva de las fortalezas disciplinarias, intentar pensar ahora desde el exilio. Estudiar la cultura requiere, entonces, convertirse en un especialista de las intersecciones (García Canclini, 1999, citado por Fuentes, 1999: 122).

Se trata, en suma, de abordar la interdisciplinaria desde un diálogo común y horizontal, que permita la integración de los saberes de forma respetuosa. Para ello,

es necesaria una escucha activa y abierta, así como —¿cómo no?— una verdadera comunicación entre las disciplinas.

Poder-identidad-comunicación-cultura-feminismo. Totalidad heterogénea

Desde luego, hablar de una integración epistemológica, teórica y disciplinaria es cosa “fácil” ante el motivador desafío de lograr hacerlo desde el punto de vista del reconocimiento de la complejidad, el conocimiento situado y esta idea de la totalidad, desde el reconocimiento de las partes, tanto concretas como generales. Evidentemente, hacer una investigación partiendo de estos principios no es tarea sencilla. Debido a nuestros propios límites, nuestro bagaje formativo y nuestros prejuicios no reconocidos, es probable que conseguirlo completamente sea casi imposible; sobre todo, al entender que estas maneras de hacer investigación aún están comenzando y se están asumiendo en el campo académico. Pero no por ello tenemos que dejar de intentarlo. En la investigación que actualmente desarrollo en el marco de la maestría en Ciencias Sociales y Humanísticas, en el Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA), con sede en Chiapas, pretendo partir de esta integración. Poco a poco, desde el reconocimiento de mis límites espacio-temporales y formativos, me encuentro ahondando en la complejidad de la realidad. Mi investigación pretende encontrar precisamente aquellos niveles de relación que existen en el entramado social, comprendiéndolos como partes de un todo. Me he propuesto tratar de penetrar en la complejidad que supone la interrelación de conceptos como identidad, cultura, representación, poder, comunicación y feminismo. Hay quienes me preguntan por qué no centro mi objetivo únicamente en las representaciones, pues el tema de las identidades es demasiado complejo. Escabroso, añadiría yo. Sin embargo, conforme voy penetrando gradualmente en el contexto de la región, y también en el contexto social mundial —desde lo micro a lo macro y viceversa—, entiendo mucho mejor la necesidad que existe de comprender las relaciones de poder que se articulan en torno a este concepto desde los medios de comunicación.

Wallerstein (1996) señala la necesidad de colocar en el debate intelectual de las ciencias sociales las visiones acerca del poder y la identidad. Reconoce la diferenciación cultural que existe en las identificaciones sociales de ambos conceptos, concepciones y lógicas que van más allá de los occidentales. Un ejemplo

de ello lo encontramos en la concepción budista mahayana de la identidad, que no la supone absoluta, y debe ser acompañada siempre por la aceptación que otras comunidades le otorguen. Se trata, como solicita, de aceptar de una vez que lo que consideramos “distinto” es parte también de nosotros: “Si la ciencia social es un ejercicio en la búsqueda de conocimiento universal, entonces lógicamente no puede haber “otro”, porque el “otro” es parte de “nosotros”, ese nosotros al que estudiamos, ese nosotros que hace el estudio” (Wallerstein, 1996: 62).

Stuart Hall (1996) relaciona identidad y poder en lo que denomina “formas contemporáneas de política identitaria”, que suponen un eje fundamental en la conceptualización de la compleja y controversial noción de identidad. Hall cree necesario abordarla desde una teoría de la práctica discursiva. De este modo, los medios no representan a las identidades culturales en un sentido de reproducción de la realidad, sino que construyen a través de sus discursos una idea homogeneizada de lo que creemos concebir como identidad nacional en los Estados-nación modernos. Esta construcción parte de los intereses del neoliberalismo y está enfocada en la perpetuación de las sociedades de mercado dominantes actuales, sociedades que se construyen y representan con una identidad determinada en el marco de la colonialidad; esto es, sociedades blancas, burguesas y ricas —clases medias-altas y altas— que ostentan el éxito, el poder y el conocimiento —atravesadas por la imposición patriarcal de la masculinidad sobre la feminidad—, en contraposición con las sociedades “no blancas” y pobres, despojadas de notoriedad, poder e incluso capacidad intelectual —también en una situación jerárquica de género— (Quijano, 2000; Lugones, 2012; Segato, 2014); es decir, como apunta Hall (1996: 17), el concepto de identidad “no es, por lo tanto, esencialista, sino estratégico y posicional”. El investigador considera necesario el abordaje de la identidad a través de la contextualización histórica de las prácticas “que perturbaron el carácter relativamente ‘estable’ de muchas poblaciones y culturas” (Hall, 1996: 17). Se refiere en concreto a los procesos de globalización, a los que considera “coextensos” con la modernidad.

Por su parte, Grimson (2011) revela cómo en las crisis culturales la autonomía de los actores ha sido crucial; quiénes son los sujetos capaces de incidir en la construcción de las identidades culturales. El autor pone en juego el debate sobre la autonomía de los pueblos y el poder del dominio. Identifica el dominio también en el ámbito académico, donde considera que muchos de los conceptos creados por la academia no representan la experiencia social ni la investigación empírica o teórica, sino que están dirigidos por las “lógicas del mercado intelectual”, vinculados a las modas académicas de los mercados bibliográficos, así como a los programas

de las perspectivas constructivistas, invencionistas y deconstructivistas; para él, la “construcción de la identidad” —término que manejan Hall y los estudios culturales— supone un ejemplo de banalización, a no ser que se enmarque, como me gustaría hacer en mi trabajo de investigación, en “una lógica situacional donde se juegan conflictos e intereses” (Grimson, 2011: 17).

Por lo tanto, se requiere de un análisis contextual de las construcciones, para dar sentido práctico a los sectores sociales que las incorporan y de esta forma poder considerarlas parte de “los marcos reales en los cuales las personas viven, piensan, sienten y actúan”. Se trata de tener en cuenta, en el estudio de la cultura, el carácter ontológico intersubjetivo, entendido éste en la propia objetividad de las cosas, y así poder encontrar configuraciones culturales en las que se identifiquen “tramas simbólicas compartidas”, donde “hay horizontes de posibilidad, hay desigualdades de poder, hay historicidad” (Grimson, 2011: 28). De esta manera, es necesario tratar la idea de totalidad como “una articulación, contingente pero poderosa, de un cierto entramado heterogéneo”, y de este modo reconocer que los individuos ya no sólo se encuentran conformados “por una cultura, sino por una vida *intercultural*” (Grimson, 2011: 34). Esta idea de totalidad pasa, necesariamente, por aceptar que la “esferización” de los conceptos lleva a un punto de demostración del dominio de unos sobre otros, disgregando la realidad social, de forma que esto sólo nos lleva a la “incomprensión radical del mundo”. Se trata de aceptar que “no existe ningún proceso social que carezca de significación” (Grimson, 2011: 41). Se trata de abordar los poderes que configuran las diferencias y las desigualdades que se derivan del mismo, de atreverse a ampliar la “imaginación sociológica” mediante la cual ofrecer una apertura a las ciencias sociales y, ¿por qué no?, a las naturales.

Fernando García Selgas (1996: 100) se hace una pregunta muy pertinente con relación a la visión que estamos abordando: “¿pero qué ocurre cuando llevamos un cuarto de siglo de des(o)pos-colonización galopante y la identidad central de género y raza se sostiene ya mediante la negación del mestizaje que nos ha configurado (la negación de nosotros mismos), la reacción defensiva ante el feminismo y el silencio ante los brotes racistas?” ¿Cómo podemos comprender la manera en que esto ha sucedido si no ampliamos nuestra visión acerca de la realidad cultural, si no tenemos en cuenta las relaciones de poder y las interrelaciones de unas y otras formas de vida en el entramado social? García propone una necesaria hibridación en las ciencias sociales, “con teorizaciones más maleables a los rasgos (posmodernos) de nuestro mundo, esto es, a teorizaciones como la nueva antropología, los posestructuralismos o el feminismo” (García, 1996: 103).

El feminismo constituye así, según García (1996: 115), una puerta abierta “hacia un saber post —o no— moderno”. Considera que el feminismo ha sabido adaptarse a los cambios históricos y epistemológicos que venimos esbozando en el presente ensayo. Pero, evidentemente, esta idea no abarca el proceso feminista en su conjunto, pues aclara que el feminismo empirista e ilustrado de la igualdad se relaciona con una visión positivista difícil de sostener hoy en día. Así, García considera que el feminismo ha revelado dos respuestas ante el problema epistemológico presentado. Un primer punto de vista feminista está relacionado con las prácticas de la diferencia, que reproduce la alianza no-consciente entre conocer y poder al proponer como solución el asentamiento de la epistemología en los rasgos universales de una experiencia de las mujeres. Es una solución que, para García, “impone la existencia de una experiencia homogénea a las mujeres, sin dar cabida a que otras divisiones sociales, de clase o raza, por ejemplo, puedan generar experiencias real y profundamente diferentes entre las mujeres” (García, 1996: 117). Como afirmaba contundentemente Haraway al enfrentarse a esta visión:

Desenmascaramos las doctrinas de la objetividad porque amenazaban nuestro embrionario sentido de la subjetividad y de la función colectiva histórica y nuestras definiciones de verdad, y terminamos con una excusa más para no aprender ninguna de las físicas posteriores a Newton y una razón más para dejar caer las viejas prácticas feministas de reparar nuestros propios coches (Haraway, 1995: 319-329).

La otra visión feminista que identifica García (1996: 118) es lo que él llama posmodernismo feminista, caracterizado por el escepticismo radical de la universalización de las experiencias, incluida la de “la mujer”, conjugado con la moralización del discurso, especialmente en su acento en la solidaridad, “para así entrever y apoyar una práctica científica y cultural no sexista ni idealizada”. Ambas visiones tratan, apunta el autor, de cuestionar “el agujero negro en el centro mismo de la visión y de la organización social occidental”.

En esta línea de pensamiento feminista, la posmodernista, encontramos el concepto de conocimiento situado de Haraway. Se trata de la aceptación de la parcialidad, es decir, que todo conocimiento científico se encuentra situado y que las ideas y los puntos de vista no pueden universalizarse para todos y todas: “el único conocimiento posible es el situado, la única objetividad la encarnada” (García, 1996: 120). Haraway propone superar la trascendencia y el desdoblamiento

del sujeto y objeto para defender una objetividad feminista que se centra en la localización limitada y el conocimiento situado (Haraway, 1995: 327). Cuestiona la violencia implícita en las prácticas de la investigación: “las políticas inocentes de la “identidad” y de las epistemologías como estrategias que buscan ver desde los puntos de vista de los subyugados para poder ver bien” (Haraway, 1995: 330). De alguna forma, propone la idea de la totalidad heterogénea que vimos en Grimson al afirmar que la objetividad encarnada se trata de alejar de las localizaciones fijas en los cuerpos reificados y asumir una práctica epistemológica que la comprenda como una especie de “nudos en campos, inflexiones y orientaciones” y que asuma la “responsabilidad por la diferencia en campos material-semióticos de significados” (Haraway, 1995: 334).

Aunque el trabajo académico hace necesario definir y situar los conceptos de mi trabajo de investigación, y aunque en algunos aspectos no me quedará otro remedio que “esferizarlos”, los imagino relacionados, separados en guiones pero unidos en la totalidad, a semejanza de la oración del título de este apartado, pues no se trata de aislarlos y comprenderlos separadamente, sino de integrarlos de forma horizontal para abordar la compleja realidad social. Asumo el desafío con la certeza de que habrá muchas interrogantes en el camino.

Reflexiones finales

El debate sobre la integración horizontal de las disciplinas profundiza en las problemáticas que surgen de la institucionalización; parece claro que tanto una institucionalización basada en la fragmentación de las fronteras clásicas de las disciplinas como una sobrespecialización disciplinaria no se tornan como soluciones a la complejidad social actual. El recorrido presentado, a través de diferentes perspectivas de autoras y autores, tal vez no proporcione una solución definitiva, pero es necesario para comprender cómo se ha dado el proceso de la interrelación disciplinaria y así tratar de “imaginar” nuevas formas de abordar las ciencias sociales.

Quiero destacar, una vez más, la importancia que, según considero, tiene la idea de la “totalidad” en el tratamiento de las ciencias sociales y en la integración de las disciplinas. Tener presente esto significa aceptar que “todos” somos un “nosotros” y que “nosotros” pertenecemos al “todo”; que también somos heterogéneos, vinculados desde procesos concretos hasta procesos más amplios que nos afectan irremediamente. En ese sentido, en el mundo globalizado, en el que vivimos somos una red interconectada, y las ciencias sociales —al igual que los estudios

de comunicación— deben abrirse, en mi opinión, a concebimos como tal para comprendernos mejor y comenzar a pensar en otras formas de vida que no nos destruyan. Sin una idea interdisciplinar de integración horizontal en las ciencias sociales —incluso, entre las ciencias sociales y naturales— será difícil pensar en un cambio. Esto es un reto, un desafío y una motivación desde la que partir.

Referencias bibliográficas

- COMECOSO (2014). Mesa magistral *El estudio de la Comunicación y las Ciencias Sociales* [video]. Ponentes: Fátima Fernández Christlieb y Raúl Fuentes Navarro. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=OyzPALNU65w>.
- Dogan, Matei y Robert Pahre (1993). *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*, México: Grijalbo.
- Fernández Christlieb, Fátima (2014). “Comunicación e interdisciplina”. En Alain Basail y Óscar Contreras (ed.), *La construcción del futuro: los retos de las Ciencias Sociales en México. Memorias del 4° Congreso Nacional de Ciencias Sociales. XVI. Estudios de comunicación y opinión pública*. México: COLEF, CESMECA-UNICACH, pp. 252-261.
- Fuentes Navarro, Raúl (1999). “La investigación de la comunicación en América Latina: Condiciones y perspectivas para el siglo XXI”. En: *Comunicación y Sociedad*, núm. 36, julio-diciembre, pp. 105-132.
- Fuentes Navarro, Raúl (2014). “Tensiones y perspectivas en el campo de estudios de la comunicación”. En Alain Basail y Óscar Contreras (ed.), *La construcción del futuro: los retos de las Ciencias Sociales en México. Memorias del 4° Congreso Nacional de Ciencias Sociales. XVI. Estudios de comunicación y opinión pública*. México: COLEF, CESMECA-UNICACH, pp. 240-251.
- García Selgas, Fernando J. (1996). “La teoría social en la posmodernidad: ciencia y feminismo”. En Alfonso Pérez-Agote e Ignacio Sánchez (ED.), *Complejidad y teoría social*. Madrid: CIS, pp.98-127.
- Grimson, Alejandro (2011). “Introducción”. En *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 13-52.
- Hall, Stuart (1996), “Introducción: ¿Quién necesita ‘identidad?’ ” En Stuart Hall y Paul Du Gay, *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu editores, pp. 13-39.
- Haraway, Donna J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Editorial Cátedra, Universidad de Valencia e Instituto de la Mujer.
- Morin, Edgar (1996), “Por una reforma del pensamiento”. En *El Correo de la UNESCO*, febrero, pp.10-14.
- Sztompka, Piotr (2005), “La sociología entre otras ciencias. Cruzando fronteras y

- derribando muros”. En Juan Monreal, Capitolina Díaz y Juan J. García Escribano (ed.), *Viejas sociedades, nueva sociología*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 29-40.
- Wallerstein, Immanuel (2007), “Debates en las ciencias sociales, de 1945 hasta el presente”. En Immanuel Wallerstein (coord.), *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI, UNAM, pp.37-75.
- Wallerstein, Immanuel (2007), “¿Qué tipo de ciencia social debemos construir ahora?”. En Immanuel Wallerstein (coord.), *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI, UNAM, pp.76-101.